

Una historia sin (di)solución

Diana Sperling

Historia de la Solución Final. Una indagación de las etapas que llevaron al exterminio de los judíos europeos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, 288 pág.
ISBN 978-987-629-203-0. Daniel Rafecas

El libro de Daniel Rafecas, *Historia de la Solución Final*, viene a llenar un vacío de larga data en la producción histórica y literaria argentina.

Se ha escrito mucho sobre la Shoá; autores internacionales han producido miles y miles de páginas sobre el tema, con investigaciones rigurosas y datos precisos, análisis desde perspectivas múltiples y preguntas que, muchas veces, no llegan a tener respuesta. Pero en nuestro país no existe literatura seria sobre los procesos y las etapas que precedieron a la terrible “Solución Final”, el exterminio en masa de seis millones de judíos por medios tecnológicos avanzados según una expresa y coordinada política del Estado nazi. Cuando un docente, de la rama que sea, se propone enseñar el tema a sus alumnos, se encuentra con una seria carencia de recursos y debe apelar necesariamente a bibliografía extranjera, en su mayor parte en forma de extensos y eruditos tratados. Ese ha sido el caso, precisamente, del doctor Rafecas quien, en su calidad de profesor de la Facultad de Derecho, dicta cursos sobre la Shoá. Y esa falencia fue precisamente la que lo llevó a pergeñar el proyecto que hoy tiene forma de libro.

Rafecas advirtió, en efecto, que la mayoría de la literatura sobre el Holocausto -especialmente en la Argentina- partía del hecho consumado, es decir, de la Shoá llevada a cabo. Pero nada había acerca de los años previos, los largos y complejos pasos que el nazismo fue urdiendo -con avances y retrocesos, a prueba y error- hasta que tomó forma definitiva lo que sería la así llamada por el régimen “Solución Final”. Este largo proceso comienza con la llegada de Hitler al poder, en 1933 en que es nombrado canciller, hasta la concreción, diez años después, de las matanzas organizadas en los campos de concentración y de exterminio. Sin duda, nos dice el autor, esta “omisión”, este estruendoso silencio de las fuentes argentinas no es inocente: nuestro país ha tenido una triste actuación en relación a los judíos expulsados

del Reich -como se expone en el primer capítulo del libro- pero ha abierto sus puertas generosamente a los nazis que huían de la derrota. De ahí que los historiadores argentinos hayan mostrado poco interés en exponer lo ocurrido durante los años del desarrollo y fin del nazismo.

El libro narra, con lenguaje claro y sencillo -apto no solo para estudiantes universitarios sino para todo público interesado en tan fundamental cuestión- el día a día de la construcción de poder que el nazismo emprende, sus alianzas y estrategias, su progresivo encaramarse en una posición de dominio absoluto basado en argumentos políticos, jurídicos y fundamentalmente raciales. El modo narrativo de Rafecas es directo, casi sin adjetivos, doloroso de tan crudo: se limita a mostrar, con la mayor objetividad posible, lo que los documentos ponen incuestionablemente a la luz. Casi recuerda al Kertesz de *Sin destino*, esa narrativa desnuda de la experiencia de los campos que produce, precisamente por el ascetismo del lenguaje, un escalofrío insoportable.

También Rafecas elige -y creo que, sin duda, es una elección, es decir, una decisión estilística- que las fechas y los nombres hablen por sí mismos; que los datos certeros y comprobados enuncien en toda su frialdad lo ocurrido. Así, lo que parece inverosímil alcanza la máxima verosimilitud, ya que esta no depende de las impresiones del narrador, su estado anímico o su opinión, sino de “la cosa en sí”, los sucesos mostrándose a sí mismos casi sin filtro. Es ahí, tal vez, donde sale a relucir la profesión de Rafecas: como juez, tiene una larga gimnasia en dejar que prevalezca la prueba, en escuchar el testimonio en forma desapasionada o en evaluar los hechos con la mínima intromisión posible de sus gustos o sus preferencias. El ejercicio de la justicia exige objetividad, aun si esta es siempre relativa ya que, de todos modos, se trata de sujetos. El juzgado y el que juzga están implicados en una trama narrativa, de la cual forman parte los testimonios y las sentencias, la defensa y la acusación. Es en esa trama donde la enunciación infiltra el enunciado, señalando las posiciones de los sujetos y sus relaciones recíprocas.

Un juez probo está advertido de tal situación, de ahí que haga un premeditado acto de prescindencia -al igual que un analista cuando escucha a su paciente- para garantizar que sea la ley, y no su gusto personal, lo que se imponga en el proceso. Esta característica del buen juez hilvana la narrativa del libro y lo dota de un tono peculiar. Por momentos, se hace duro seguir paso a paso la concatenación de hechos, documentos, decisiones, decretos, consignados uno tras otro casi sin respiro y sin interpolaciones explicativas ni desarrollos argumentales. El tono se asemeja en muchos pasajes, en efecto, más a un expediente procesal que a un libro de historia, y ni qué decir, a una novela. Se echa de menos, de a ratos, un remanso, un párrafo más “novelado”. Pero es indudable que el autor ha sido fiel a la decisión estilística -que es como siempre en la escritura, una postura ética- que conlleva de algún modo su “borramiento”, tal vez en

la senda de lo que Walter Benjamin soñaba, escribir un libro de puras citas del que él mismo pudiera ausentarse. Sin embargo, es justo allí donde la presencia del autor se manifiesta en toda su fuerza y su extrema generosidad: al dejar al lector la carga y el privilegio de juzgar por sí mismo.

Paso a paso, desde el comienzo

Quizás lo más terrible a la hora de evaluar los inauditos sucesos que conformaron la Shoá es comprobar, dice Rafecas en la Introducción, que “esta gigantesca empresa criminal” constituyó “un producto más de nuestra modernidad” (pág. 28). Organizado como un “avance en etapas sucesivas”, donde las decisiones políticas y bélicas iban de la mano de una muy bien orquestada y creciente propaganda, el nazismo fue envolviendo a Europa y concretando paso a paso un proyecto que, visto a la distancia, parece inconcebible.

La firme determinación de Hitler de deshacerse de la “escoria judía” lo impulsó, en una primera etapa, a idear diversas estrategias que iban desde el encierro –para lo cual, dice Rafecas, “reflotó una institución medieval, el gueto”, hasta infinidad de medidas que incluyeron las restricciones crecientes a los derechos ciudadanos, la emigración forzada, la construcción del primer campo de concentración (Dachau, en 1933), las leyes de Núremberg (en 1935) hasta la deportación, para concluir casi diez años más tarde en el exterminio masivo. Queda a la vista que la exclusión adopta diversos rostros y genera perversas metodologías. La motivación que nunca dejó de impulsar al nazismo fue, como dice Friedlander citado por Rafecas, “el judío, el peligro judío y la lucha sin fronteras contra ‘el Judío’, (que) eran, como vimos, *el mito movilizante* del régimen”. (pág. 148). Valga consignar, a modo de aporte al tema, que hay un texto de los franceses Lacou-Labarthe y Jean-Luc Nancy titulado, precisamente, *El mito nazi* donde los autores abordan desde la filosofía esta compleja cuestión.

Encerrar, echar, expulsar, deportar, dejar morir de hambre o enfermedades en territorios lejanos, diversos modos de “sacarse de encima” a los judíos que, para colmo, no solo no disminuían en número, sino que a medida que el nazismo iba expandiendo su poder y anexando países o ciudades, se incrementaban: esos países venían con sus propios judíos. “... (A) medida que el imperio se expandía, cada nueva comunidad judía alcanzada era incorporada a los planes generales de evacuación” (pág. 106). Así, paradójicamente, el problema judío aumentaba en la misma medida en que se incrementaba el poder nazi. Ya no era factible ni suficiente, como se había intentado al comienzo, someterlos a humillaciones y necesidades extremas, táctica viable cuando su escaso número permitía encerrarlos en barrios o zonas reducidas y tenerlos así bajo control: se requería ahora un plan más ambicioso, la posibilidad de disponer de amplios espacios, lo más lejos posible, para depositar allí a los varios millones de judíos, como se arrojan los residuos tóxicos en un lugar inaccesible y remoto a fin de evitar la contaminación.

De hecho, lo que se fue configurando a lo largo de los años fue la llamada “solución territorial”, que implicaba la expulsión total de los judíos no solo de Alemania sino de todos los países que habían caído bajo el régimen nazi. La idea fue primero trasladar a la población judía a Madagascar, plan que fracasó porque Inglaterra, lejos de caer bajo los ataques nazis, los repelió causándoles serias bajas en lo que sería la primera derrota de Hitler. “Derrotar a Inglaterra -apunta Rafecas- era una condición *sine qua non* para seguir avanzando en los planes que apuntaban a transportar a todos los judíos a Madagascar. Si el imperio británico seguía en pie, mantendría bajo control el acceso por vía marítima al continente africano, tanto por el Mediterráneo como por el Atlántico, lo que tornaría imposible la ejecución de la operación planeada.” (pág. 105). A este factor se sumaron otros de orden logístico, en particular relativos al transporte, de modo que el plan Madagascar fue “abandonado definitivamente al despuntar el año 1941”.

El “plan Madagascar” constituyó la segunda etapa del proyecto nazi. Al fracasar, Hitler se vio obligado a buscar alternativas. Surgió entonces, en la tercera etapa, el “plan Siberia”, que consistía en trasladar a los millones de judíos que ya formaban parte del territorio del Reich a las estepas siberianas. Si bien este plan se movía aún dentro de la idea de “solución territorial”, comenzaba lentamente a aparecer –tanto en el lenguaje como en las medidas concretas- un esbozo del plan de exterminio. “A la orden de deportación le seguiría –dice el autor- una sucesión interminable de medidas antijudías en el Reich, destinadas a cancelar los derechos legales remanentes, tanto de los judíos aún residentes en territorio alemán como de aquellos ya deportados” (pág. 139, nota 67). Rafecas detalla, a continuación, varias de esas medidas, desde la prohibición de viajar en coche cama hasta “la obligación de entregar al Estado sus máquinas de escribir, bicicletas, cámaras fotográficas y binoculares”. Se trataba, sin duda, de hacerles literalmente *la vida imposible* a los judíos. Rafecas señala que, casi con seguridad, este plan se inspiraba en el modelo del exterminio armenio a manos de los Jóvenes Turcos: también en ese caso, las deportaciones masivas se hicieron hacia territorios casi inhabitables, donde una muerte segura –por hambre, frío, enfermedad- esperaba a los expulsados. Pero semejante plan se basaba, nuevamente, en una hipótesis bélica: la derrota de los soviéticos. Es que Hitler, luego de firmar un pacto de no agresión y de reparto del territorio polaco con el poder comunista, decidió -haciendo caso omiso de tal pacto- invadir la URSS y dominar el vasto país a fin de gobernar, ya sin trabas ni límites, la totalidad de Europa. El delirio megalómano y la ambición desaforada le imponían a Hitler esta conquista como una necesidad: no estaba dispuesto a compartir el poder. Uno de los argumentos que sostenía este plan era, como de costumbre, racial: la inferioridad de la raza eslava. Eso, sumado a que para los nazis bolchevique equivale a judío, daba a Hitler y sus secuaces fundamento suficiente para tan audaz decisión.

Terror y lenguaje

Uno de los aspectos más interesantes del libro es que da cuenta de las sucesivas modificaciones lingüísticas que el nazismo produce, acompañando los avatares bélicos y políticos. Los términos van cambiando a medida que transcurre el tiempo: lo que al principio se denomina “evacuación” de los judíos, luego se llamará expulsión, deportación, eliminación... la terminología se vuelve más y más cruda, el disimulo va cediendo y las palabras van mostrando, en toda su crudeza, la realidad de la que se trata. Los eufemismos van cayendo como cáscaras. Si en un momento determinado los nazis se refieren a una “solución territorial”, que implicaba la deportación en masa de millones de judíos para “limpiar el Reich de su maligna influencia”, finalmente adopta el nombre definitivo y real: “Solución Final”, donde las palabras enuncian la intención y el objetivo de todo el plan. Surge el interrogante, que muchos investigadores se han planteado y que Rafecas recoge, de si la idea de exterminio alentaba desde un principio, o si fue apareciendo a medida que cambiaban los factores políticos, bélicos, económicos y demográficos que fueron haciendo progresivamente inviable la “solución territorial”. Rafecas se inclina a creer que, en efecto, la decisión del exterminio activo y masivo de los judíos surge -al menos en forma explícita- y se instrumenta luego del fracaso del “plan Siberia”, si bien no se descarta que alguno de los jerarcas nazis lo hubiera sugerido o lo tuviera en mente desde etapas anteriores. La discusión al respecto no se ha cerrado, pero Rafecas aporta el cúmulo de datos y documentos que permite proseguir el análisis de este espinoso punto con elementos fiables. Sin duda sería abusivo hablar aquí de “inconsciente”, pero no podemos dejar de señalar que a veces las palabras dicen más de lo que el emisor supone que dice. En la época del “plan Madagascar”, “desde fines de 1939 y durante todo el año 1940, ya no solo se trataba de erradicar mediante la emigración la influencia cultural judía de la Alemania nazi y sus territorios conquistados; ahora se procuraba una solución cuyas connotaciones genocidas no podían obviarse, dado que se buscaba la deportación de todos y cada uno de los judíos fuera del territorio del Reich en condiciones que se sabía serían terribles, tanto en cuanto al transporte como en cuanto a lo que les esperaba en el lugar de destino” (pág. 102). Es en esa época en que aparece la siniestra figura de Victor Brack, organizador del asesinato de “unas setenta mil personas cuya ‘vida estaba desprovista de valor vital’. La mayoría de ellas fueron asesinadas con gas en cuatro establecimientos especiales acondicionados para tal fin” (nota 40). La idea del exterminio revoloteaba en la cúpula nazi, ya en el año 40. Si bien en la primera etapa “el insoportable acoso a que fueron sometidos los judíos no estaba relacionado -al menos, no todavía- con la previsión de conducirlos al exterminio físico, sino que las intenciones y proyectos de los líderes nazis seguían transitando el andarivel de la supresión total de su influencia en el seno de la comunidad germana” (pág. 77), cuando Hitler habla de “eliminar la influencia” de los judíos, sin duda hay que leer esa fatídica palabra, “eliminar”, desde la consumación posterior. Como dice Hannah Arendt, “el sentido se revela al final”.

El tema del lenguaje en el nazismo ha sido considerado central y analizado por algunos destacados autores en forma exhaustiva: los textos clásicos al respecto son los de Klemperer, Victor, *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*; Faye, Jean-Pierre: *Los lenguajes totalitarios y la sinrazón antisemita*, entre otros, y en nuestro país, el insoslayable libro de Sneh Perla y Cosaka Juan Carlos: *La Shoá en el siglo: del lenguaje del exterminio al exterminio del discurso*. Si bien estos títulos no figuran en la bibliografía de Rafecas, me atrevo a sugerir que resultan complementarios y pertinentes para comprender los diversos aspectos del fenómeno nazi. De hecho, el mismo Rafecas tiene en cuenta la cuestión, no solo al consignar cuidadosamente esos cambios terminológicos a los que nos referimos, sino en cuanto a la intensa acción propagandística desarrollada por los nazis como parte esencial de sus planes mortíferos. Por otra parte, en sus “Reflexiones finales” Rafecas señala: “Como los neonazis saben perfectamente que Babi Yar, Ponar, Treblinka o Auschwitz son palabras que producen un efecto demoledor frente a sus especulaciones ideológicas, el único recurso que les queda para defender sus postulados es negar la existencia de esos episodios. Es aquí donde aparece la funcionalidad del negacionismo. (...) Sin embargo, este ensayo discursivo es imposible de sostener seriamente” (Rafecas, p. 273). Así, si bien la elaboración del tema lingüístico no es abordada expresamente en sus páginas, el libro de Rafecas deja abierta la vía para profundizar la reflexión en ese sentido. Para el pensamiento del siglo XXI se trata de una cuestión esencial. Se sabe que a lo largo de la historia los regímenes políticos se han servido de diversas estrategias discursivas para suscitar adhesiones, distorsionar la realidad, ocultar o disfrazar sus verdaderos fines. Pero más aún, es en el lenguaje donde cuaja una determinada concepción del hombre y del mundo; en sus vericuetos, donde una ideología se estructura y se autocomprende. Desde el famoso aserto adorniano sobre la imposibilidad de escribir poesía después de Auschwitz hasta el bello texto de Susan Goobar, *Lo largo y lo corto del verso Holocausto*, la Shoá ha suscitado múltiples y lúcidos abordajes que ponen a la vista la complejidad de los procesos humanos, para bien y para mal. Si la política es, como dijera Arendt, el terreno de “la acción entre-otros”, terreno caracterizado por el lenguaje -a diferencia de la labor o el trabajo, que pueden llevarse a cabo como actividades mudas-, un hecho de la magnitud del nazismo no podría analizarse ni comprenderse sin tener en cuenta sus prácticas lingüísticas, su uso particular de las palabras. Es que el nazismo no habría logrado cumplir los objetivos que logró sin o al margen de estas: la lengua fue usada tan planificada y astutamente como los tanques o los aviones. No es un dato menor que el término *genocidio* haya sido creado, precisamente, para dar cuenta del crimen masivo perpetrado por los nazis, crimen tan desorbitado que no tenía, hasta entonces, un correlato en el lenguaje.

El soberano vs. la ley

También el terreno jurídico es indagado -y no podría ser de otro modo en un autor como Rafecas- y puesto de relieve como uno de los factores de vital importancia en la consolidación del régimen nazi y la eficacia de sus políticas.

A pocas semanas de asumir como canciller, en enero de 1933, Hitler “logró que el presidente Von Hindenburg y el resto del gabinete firmaran un decreto ‘para la defensa del Pueblo y del Estado’, que disponía una suerte de estado de sitio a nivel nacional, fundamentado en el artículo 48 de la Constitución Alemana de 1919”. Estado de sitio que fue renovado y confirmado y siguió en vigencia hasta el año 1945. “La capitulación del Estado de derecho se completó poco después, cuando el Parlamento aprobó, el 23 de marzo de 1933, una ley de delegación de poderes, la llamada Ley para Aliviar las Penurias del Pueblo y del Reich, que le concedía a Hitler plenas potestades legislativas y ejecutivas” (pág. 37). Esta progresiva pero rápida escalada sobre el poder jurídico se fue articulando en base a una acumulación farragosa y una reproducción cancerosa de decretos, leyes, disposiciones, órdenes y otras muchas herramientas jurídicas, todas ellas “medidas antijudías” que conformaban un papeleo incesante y que dieron lugar a una ingente burocracia cuya función era refrendar, ciegamente, los mandatos del dictador. Lo que bien podríamos llamar una *perversión de la ley*, ya que cada decreto se agotaba en su propio cumplimiento -como señala Arnoldo Siperman en su libro *La ley romana y el mundo moderno*- sin estar referido a una legalidad legitimadora sino, única y exclusivamente, a la palabra omnímoda del Führer. El nombre de Karl Schmitt aletea, sin duda, en esta concepción, ya que Hitler se había convertido en un auténtico soberano según la definición schmittiana.

La muerte en detalle

Otro aspecto de suma importancia es la citada comparación entre el accionar nazi y el exterminio de los armenios por parte de los turcos. Esta hipótesis da lugar a volver sobre el tan recurrente tema de la excepcionalidad, o no, de la Shoá. El autor del libro no toma partido al respecto, simplemente consigna la información en base a la bibliografía elegida, proveyendo los datos necesarios para que el lector articule su respuesta.

Podría decirse, en base a la exhaustiva información provista por el libro, que la Solución Final fue el resultado de una conjunción de factores azarosos y otros cuidadosamente planificados. Las dos derrotas bélicas de los nazis se encadenaron para impulsarlos a descartar la Solución territorial e idear una alternativa más eficaz. En su cuarta etapa, “la aniquilación de los judíos tras el frente oriental” llamada “operación Barbarroja”, tiene en principio por objetivo eliminar a los hombres “potencialmente subversivos”, pero casi de inmediato se extiende a todos los pobladores judíos de los países del Este. Las órdenes de Himmler y Heydrich apuntaban a “la matanza generalizada de mujeres y niños, para la cual las unidades no tuvieron preparación psicológica ni adoctrinamiento intensivo previo” (pág. 181). Esta táctica de pogromos y fusilamientos daría la pauta de que “al comienzo no estaba prevista la eliminación sistemática de todos los judíos.” (pág. 182). Sin embargo, estas acciones permitieron a los perpetradores “un dramático acercamiento material y psicológico al hecho de

considerar seriamente -y no solo como una utopía- una *Solución Final de la cuestión judía* equivalente al *exterminio total de todos los judíos europeos*” (destacado en el original). Pero esta idea debía hallar un discurso racionalizador que le sirviera de justificación. “No existe ni existirá tal discurso”, afirma Rafecas. “Contrariaba el más básico y elemental sentido de la condición humana. (...) Lo mejor que podía hacerse era fabricar un montaje, una parodia, y repetirla hasta el cansancio con la expectativa de que, en virtud del inmenso poder que detentaba quien impartía la orden, sumado al férreo entrenamiento en la obediencia ciega de los subordinados, surtiera el efecto esperado”. La falacia consistía en poner el máximo peligro en las mujeres y los niños (ya que los hombres habían sido eliminados casi por completo), “que podían engendrar vengadores o tomar venganza ellos mismos cuando crecieran” (pág. 189). Esta necesidad de adoctrinamiento para hacer efectivo el plan llevó a Himmler a desplegar una actividad febril: reiterados viajes al frente de batalla, para entrevistarse con los jefes de unidades y darles las instrucciones en persona, de modo de asegurar la ejecución del proyecto sin obstáculos ni reticencias. “De este modo, los dos primeros problemas a superar, el del discurso legitimador y el de cómo transmitirlo, podían considerarse superados” (pág. 194). Quedaba por resolver la falta de efectivos, pero también -aun si ese punto se resolvía- “paliar el deterioro psicológico y la aversión que muchos de los ejecutores directos manifestaron desde el inicio de las operaciones”. Allí surgen numerosos grupos de “voluntarios autóctonos, cuya marcado antisemitismo es aprovechado por los nazis. Durante todo el año 1941 las matanzas se incrementan sin pausa, todavía por medio de fusilamientos. “(A) partir de agosto de 1941 comenzó a aplicarse una nueva política antijudía en los territorios conquistados como consecuencia del inicio de la operación Barbarroja: el arrasamiento de todas las comunidades judías...” (pág. 203). En ese punto se pregunta Rafecas “si esta decisión puede considerarse una demostración de que Hitler y sus secuaces habían decidido para ese entonces la aniquilación física de todos los judíos europeos. Y lo cierto es que no hay evidencias que abonen una respuesta afirmativa.” Pero sin dudas, este incremento de matanzas llevaría a “buscar nuevos métodos homicidas, más eficientes e impersonales” (pág. 205). Es entonces cuando se produce un giro decisivo que desembocará en la Solución Final.

El gaseamiento de las víctimas era sin duda un método eficaz: requería un número mucho menor de personal a cargo, evitaba el deterioro psicológico de los ejecutores y ampliaba la capacidad de muertes a producir. En una primera instancia, era llevado a cabo en camiones cerrados “cuyo caño de escape de gases de combustión del motor se había redireccionado hacia el interior del furgón” (pág. 209). Aunque este plan, denominado T4, tuvo corta vida por una serie de factores, fue el germen del uso ampliado y masivo de las cámaras de gas. El fracaso del plan T4 junto a la imposibilidad de doblegar a la Unión Soviética fueron los factores que precipitaron la Solución Final. Los campos de concentración y de exterminio ya existentes habían tenido hasta el momento finalidades más acotadas, pero ahora se imponía adaptarlos a la nueva

misión. “Durante la segunda mitad de 1942, en casi todos los campos de exterminio se ampliaron exponencialmente las instalaciones de gaseo, al tiempo que crecía el número de los transportes de judíos que eran despachados desde todos los puntos del continente europeo bajo la égida nazi hacia Polonia” (pág. 215).

Entramos ya en la descripción de la quinta etapa. “... (L)os nazis, aunque lo hubieran querido, en el otoño de 1941 todavía no contaban con proyectos, ni menos aún con los medios concretos suficientes para encarar esta última etapa de la Solución Final” (pág. 225). Pero la entrada de EE.UU. en la guerra, a partir del bombardeo de Pearl Harbor, convirtió la guerra europea en guerra mundial, argumento perfecto para intensificar las acciones contra los judíos a quienes Hitler y sus acólitos les imputaban, en su delirante razonar, ser los causantes de tal conflagración.

Rafecas dedica un importante apartado de su libro a analizar el rol que le cupo a la tristemente célebre Conferencia de Wannsee, donde se supone se decidió todo acerca de la Solución Final. Mediante un análisis pormenorizado de todos los datos disponibles, el autor llega a la conclusión de que la relevancia de tal reunión fue menor de la que algunos historiadores han supuesto. En primer lugar, porque quienes participaron en ella eran funcionarios de segunda línea; luego, porque el objetivo consistía en disciplinar y unificar criterios entre los diversos organismos del régimen, a fin de dejar establecido en forma concluyente el predominio de los principales jefes (Himmler, Eichmann, Heydrich), es decir, disolver los conflictos de poder al interior del régimen y allanar el camino hacia la toma de decisiones que solo tendría lugar en la cúpula cercana a Hitler. Por último, la conferencia había sido convocada para diciembre de 1941, pero la rápida modificación del tablero bélico hizo que se postergara para enero de 1942, fecha en la que ya se habían tomado algunas decisiones tendientes a la eliminación de la totalidad de los judíos, pero las medidas a tomar no fueron comunicadas abiertamente a los participantes en la reunión sino, más bien, ocultadas, para evitar obstáculos burocráticos que pudieran interferir en el accionar de la cúpula. No fue allí entonces, dice Rafecas, donde se tomó la fatídica decisión: Wannsee se inscribe todavía en el marco del plan Siberia pero, a la vez, marca su decaimiento, el comienzo del fin. La Solución Final “se avizoraba ya en el horizonte” (pág. 158), debido al fracaso incipiente de la evacuación de los once millones de judíos europeos a los lejanos territorios soviéticos, pero ese cambio de planes no fue debatido ni explicitado en Wannsee.

La quinta etapa es analizada en todos sus pormenores: la construcción y ampliación de campos y cámaras, las medidas que fueron estrechando el cerco alrededor de los judíos, las matanzas organizadas ya con todo rigor a través de métodos cada vez más sofisticados en busca de una eficacia sin mella. La idea de no dejar judío vivo ni resto en pie comandaba las acciones y las mentes nazis, de ahí el nombre dado a la

Solución. Como señala el autor, no se trataba solo de la matanza de las víctimas, sino del borramiento de todo testimonio, es decir, el accionar criminal no iba destinado solo a su presente sino también a la posteridad.

Para completar el análisis Rafecas organiza, hacia las últimas páginas del libro, algunos cuadros gráficos y una sección de preguntas y respuestas a fin de hacer una síntesis didáctica de todo el material considerado. Extraordinariamente útil, esta sección permite “atar cabos” y captar, de un pantallazo, la enorme y a veces abigarrada acumulación de datos que por momentos abruma y marea. Llevado sin duda por su función académica, la intención del autor es facilitar la captación de tan revulsivos hechos a fin de conocer en detalle los procesos históricos que desembocaron en el horror.

Para seguir pensando

En las últimas páginas del libro, Rafecas desgrana sus “Reflexiones finales”. Es por demás interesante que haya titulado así el capítulo y no “Conclusiones”, como podría esperarse: queda bien claro que sobre este tema no hay, verdaderamente, una palabra de cierre. Digamos: la Solución Final no admite un Punto Final, y Rafecas es muy consciente de ello.

Así, sus reflexiones se limitan a extraer algunas ideas que surgen, sin forzamiento alguno, de la información acumulada. Son los datos mismos los que hablan: por ejemplo, “debe destacarse -dice Rafecas- el aspecto cuantitativo”, no solo de las víctimas sino “de los perpetradores involucrados en todas las fases del proceso de aniquilación física de la judería europea”. La investigación revela que “el aporte consciente a la empresa criminal en desarrollo en aquellos años fue a todas luces masivo. En efecto, decenas de miles de individuos en toda la Europa conquistada -ya fueran altos dirigentes, autores de escritorio o bien ejecutores directos- colaboraron activamente para allanar el camino del exterminio de los judíos” (pág.267). Vale recordar aquí el célebre libro de Daniel Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, cuya publicación originó airadas protestas y críticas acerbas por la crudeza de sus afirmaciones. Es que, como dice Rafecas, la extensión en tiempo y espacio y las complejidades mismas del objetivo propuesto “llevaron a que la cantidad de personas ‘estrictamente necesarias’ para concretar la empresa genocida fuera inusitadamente elevada” (pág. 268). Empresa que Rafecas denomina, acertadamente, “producción homicida”. Producción que conllevaba la necesidad de un “discurso legitimador” perfectamente elaborado, a fin de calmar conciencias y derribar objeciones. “Es en este filón de recursos discursivos -dice el autor- donde el contexto de la guerra adquiere una importancia capital”: hacer del judío el chivo expiatorio, culpable de todos los males imaginables y portador de todos los vicios, era requisito indispensable para llevar adelante la empresa. Tamaño horror provoca en Rafecas la afirmación de que “la consolidación de los valores fundamentales de la Humanidad, el mandato de evitar que Auschwitz se repita, solo podrá lograrse preservando la memoria de lo acontecido, extrayendo las enseñanzas necesarias en todos los ámbitos del conocimiento humano y honrando a todas las víctimas del horror” (pág. 273), tarea en

la que Rafecas colabora también como docente y como asesor de la fundación Memoria del Holocausto. Es que sin dudas el autor se ocupa de tan fundamental cuestión desde una posición de involucramiento: su carácter de hombre de la justicia le hace ver la necesidad imperiosa de no cerrar los ojos frente a la mayor tragedia de la modernidad sino, más bien, de trabajar arduamente en el esclarecimiento, la transmisión y la educación de las jóvenes generaciones, para mantener la conciencia alerta y acentuar la responsabilidad que a todos nos cabe en la prevención de semejantes horrores. En ese sentido, se echa de menos una bibliografía un tanto más completa que la consignada en el libro: dado que la cuestión ha sido abordada desde las más diversas disciplinas y las más variadas corrientes de pensamiento, sería interesante contar con mayor variedad de fuentes, no solo históricas, sino también del campo de la filosofía, el derecho, la lingüística y otros campos que han aportado valiosas reflexiones para pensar lo casi impensable.

Estas “reflexiones finales” se complementan perfectamente con el breve pero esclarecedor prólogo de Leonardo Senkman, historiador de la Universidad Hebrea de Jerusalén y reconocido académico de larga trayectoria en la investigación de la Shoá. En suma: el libro que comentamos resultaba imprescindible, y lo será de aquí en más para todo investigador, docente, pensador o, simplemente, toda persona que desee, de buena fe, conocer los pormenores y los detalles de tan complejo y a veces incomprensible proceso. Es que la pregunta sigue quemando: ¿cómo fue posible la Shoá? Si bien Rafecas no responde desde una perspectiva filosófica, dado que no es su propósito ni la motivación de su libro, sí ofrece una muy abundante, detallada y confiable información para ayudar a entender, al menos, los mecanismos mentales y políticos que se echaron a andar a fin de llevar a cabo tan monstruoso plan. Quizás en la línea, nuevamente, de H. Arendt, lo que el autor de este libro muestra es de qué modo se puede, paso a paso y con una apariencia de “normalidad”, organizar el mayor crimen de la historia, a la vista del mundo y sin encontrar grandes resistencias. Esta suerte de desmitificación de la Shoá es un duro golpe a nuestra soberbia racional y a nuestros ideales iluministas. Pero la verdad prevalece, y es preciso confrontarla. Como ha expresado Pierre Legendre (jurista y pensador de brillantes aportes para reflexionar sobre este tema): “La cultura occidental permanece posthitleriana”. Según este autor, serán necesarios mucho tiempo y pacientes esfuerzos para deshacernos de los efectos mortíferos del golpe asestado a nuestras instituciones y a nuestro mundo por el nazismo. El libro de Rafecas es, quizás, uno de esos valiosos y valientes esfuerzos.